

La mayoría de la gente ya lo ha olvidado pero esto que estamos viviendo ahora no ocurrió de golpe. Fue una progresión en ascenso, lenta pero imparable, como todo lo que transforma sustancialmente a una sociedad.

Se podría decir que todo esto comenzó allá por los años sesenta del siglo veinte con la famosa campaña “Un libro ayuda a triunfar”, transformada rápidamente en frase popular —que todo el mundo terminó usando medio en serio, medio en broma—. Después, en los oscuros años setenta que, por suerte terminaron mejor de lo que esperábamos, vino, como una luz de esperanza, la campaña “Más libros, más libres”. A ésta le siguió la muy acertada “Todo está en los libros”, de los años ochenta, que causó un gran impacto, porque era la síntesis perfecta de una verdad rotunda: que, efectivamente, todo está en los libros. Luego, en los noventa, le siguió una campaña, más frívola a decir de los críticos, protagonizada no tanto por un lema como por personajes carismáticos de aquél momento. Así, cantantes, actores de cine, bailarines, futbolistas, atletas, pilotos de carreras, tenistas y chefs vascos posaron para la foto con su libro favorito en las manos, bajo un sonoro “Lee conmigo” que caló hasta tal punto que podemos decir con orgullo que nuestro país entró en el nuevo milenio situados en lo más alto de los índices de lectura de Occidente.

Todo el mundo leía, en todas partes. A donde fueras había alguien leyendo. Presionados por los ciudadanos los ayuntamientos tuvieron que solicitar fondos para ampliar sustancialmente los fondos de las bibliotecas públicas. A su vez los centros comerciales fueron perdiendo progresivamente esa colorida sucesión de tiendas de ropa de marca que fueron sustituidas por librerías de todo tipo —todas de gran interés, una al lado de la otra y cada vez más especializadas y variopintas—. Librerías de narrativa, de poesía, de historia, de viajes, a su vez desdobladas en otras especializaciones más específicas, como las del tipo de edición: Librerías de libros de bolsillo, de tapa dura, de lujo, de arte, de diseño.

Lo cierto es que la oferta era tan extraordinaria porque la demanda de literatura de todo tipo excedía todas las previsiones. Cuando la mayoría de los escritores en activo, es decir, aquellos con un contrato editorial o con al menos una obra publicada, se habían visto desbordados por las exigencias del mercado, las editoriales habían tenido que recurrir a manuscritos inéditos de viejas glorias apolilladas y a todo el almanaque de escritores olvidados, más tarde a los escritores lumpen o a los escritores jóvenes, que en resumidas cuentas viene a ser todo lo mismo, tras lo cual se miró todavía más abajo y se empezó a sondear la cantera de escritores aún más jóvenes, los que todavía no habían terminado la enseñanza secundaria. Pero aun así no era suficiente. No se escribía bastante y detener una imprenta costaba más caro que tenerla funcionando. La maquinaria pedía más materia prima con la que alimentar la sed de lectura de los ciudadanos, de manera que las autoridades tuvieron que tomar cartas en el asunto, otra vez.

Todo pasó muy rápidamente y empezó con otra campaña de publicidad en la que se incitaba a la gente a escribir. Esa campaña produjo, literalmente, una explosión literaria en la población cuyo detonante fueron los concursos de microrrelatos. Podías participar simultáneamente en diez concursos cada hora, enviando tus escritos por tu *smartphone*. El fallo del jurado se emitía en apenas dos días y el ganador recibía un

mail felicitándole, con un PDF adjunto con una copia de una transferencia bancaria a su cuenta por el importe del premio y un contrato por los derechos de inclusión en la próxima antología de la editorial que correspondiera.

Las perspectivas superaron todo lo imaginable. Todo el mundo tenía buenas ideas para escribir un libro. El gobierno, gracias a una ley aprobada a toda prisa, pasó a hacerse cargo de los tradicionales premios literarios, transformándolos de manera sustancial. La primera medida fue instituir que su frecuencia sería semanal. El Planeta, el Heralde, el Nadal se fallarían cada domingo, todos los domingos del año. Los premios millonarios en metálico cada semana, que además incluían la edición inmediata del libro premiado, comenzaron a eclipsar a las loterías tradicionales y a las quinielas de fútbol. La cosa estaba funcionando a las mil maravillas. Ahora todo el mundo escribía, en cualquier sitio. En el metro, entre luz y luz del semáforo, en la cola del super. Todo el mundo escribía y no solo en dispositivos digitales, también a mano, en libretas, apoyándose en cualquier sitio —donde le había pillado la idea para su próximo relato o poema— cuando hace no tanto tiempo ponerte a escribir en la calle habría sido cosa de locos. De hecho, si veías a alguien tomando notas te lo quedabas mirando porque inmediatamente se transformaba en un tipo sospechoso, un sicópata o algo peor: uno de la poli que andaba rastreando algo sucio e innombrable.

Esta salvaje revitalización del mercado editorial propició que las revistas literarias —antes minoritarias y casi todas con pésimo diseño—, elevaran sus tiradas a cifras estratosféricas en pocos meses. Las portadas, aunque seguían reseñando las próximas novedades editoriales con grandes titulares, pasaron a ser más frívolas, ocupadas la mayoría de los casos por la foto de una escritora o una editora famosa que hubiera sido noticia, eso sí, pero ligerita de ropa y cuanto más neumática mejor. En el interior los sumarios solían ser del tipo: Los escándalos sexuales de tal o cual editor, las vacaciones de una poetisa en Grecia (en las fotos en bikini se ve la espléndida figura que lució en el Pireo), entramos en la casa del novelista de moda de esta semana, las primeras fotos del nuevo hijo del traductor promesa y un largo etcétera de banalidades por todos conocido. Sin embargo era en la parte final de la revista, en papel de otro color, donde estaba el contenido que de verdad interesaba: Una guía en la que se desglosaba, por medio de gráficos y tablas —que a primera vista parecía que había que saber trigonometría para entenderlas—, todos los concursos literarios de la siguiente semana, qué autores eran los favoritos, cuáles obras estaban mejor situadas en la tabla de valoración de los votantes y quiénes configuraban cada jurado (esto era de suma importancia porque toda esta abundancia de trabajo para todo el mundo no significaba que las rencillas entre cenáculos hubieran terminado) y todo esto no solo con vistas a satisfacer a los participantes en los certámenes sino también a las apuestas clandestinas, un oscuro entramado cuyos beneficios llegaban, en ocasiones, a superar el monto de los premios recibidos por el escritor.

La literatura se encontraba en un apogeo jamás conocido, tanto es así que incluso había traspasado su ámbito, transformándose en puro espectáculo. En los antiguos estadios de fútbol, ahora reconvertidos en salas de conferencias, se hacían las presentaciones de los libros más esperados ante audiencias de cien mil espectadores enfervorecidos. Los escritores, especialmente los de ficción, abrían las noticias de la noche en la tele haciendo avances de capítulos, dando sus opiniones sobre los temas de actualidad o fantaseando sobre los finales de algunas de las tramas políticas

utilizando figuras literarias cada vez más rebuscadas para mantener a la audiencia ante la pantalla sin cambiar de canal.

Y, como es fácil imaginar, a estas alturas más o menos todo el mundo había publicado su libro. Los más jóvenes llevaban los suyos siempre en un bolsillo y lo sacaban a la mínima oportunidad, pavoneándose. Todos hemos sido jóvenes y sabemos lo que son estos primeros escarceos con la soberbia. Ibas a ver a tus sobrinos en vacaciones y, apenas te había dado tiempo a decirles lo mucho que habían crecido, cuando te encasquetaban los dos volúmenes de cuentos que les habían publicado en el colegio que, además, te los tenían que llevar dedicados. Por no hablar de las reuniones familiares. Eran fatídicas. Todo el mundo quería enseñar lo bien encuadernado que había quedado el suyo o la crítica que había salido de su novela histórica en la prestigiosa web del programa francés *Le Bateau Livre*. A los postres las conversaciones subían de volumen e intensidad, se discutía sobre ediciones príncipe, sobre elipsis, oximorones, palipsestos o sinécdoques, sin olvidar una errata en la página 102 o la traducción al chino de los poemas de la cuñada de alguien, máxime porque a esas horas ya habían trasegado varias botellas de vino tinto chileno y dado buena cuenta de las empanadas que había sacado la tía Lore del horno —que estaban, como siempre, deliciosas— y que además llevaban dentro un papelito, que salía que quemaba los dedos, con poemas de Nicanor Parra, lo cual daba pie a más anécdotas contadas a gritos y lanzamiento de trozos de pan de un lado a otro de la mesa. Pero lo mejor de esos días era, cuando ya por fin habías conseguido argumentar tus excusas para levantarte de la mesa y parecía que ibas a poder escapar de allí, —aunque siempre alguien decía ¡Pero si todavía no son ni las seis de la tarde y en un rato vamos a sacar una merienda del Siglo de Oro, inspirada en el Lazarillo de Tormes!—, te insistían en que te llevaras a casa varios *tupperwares* llenos de esos libros que no había dado tiempo a comentar durante la comida y que, como era habitual a la hora de las despedidas, se acababan repartiendo entre toda la familia para que te llevaras aunque fuera solo un librito. Que ya se sabe que en casa de los padres siempre sobra lectura.

Parecía que con los editores convertidos en magnates que negociaban en Kyoto las emisiones de carbono para el año próximo, los escritores transformados en estrellas cuyas aventuras personales encandilaban a todo el mundo, las imprentas funcionando a toda máquina y todo el mundo escribiendo, los lectores estaban por fin satisfechos.

Quizás la explicación más plausible para este avance extraordinario de la cultura literaria la encontramos en las palabras del pensador Richard Deckard, quién por aquellas fechas enunció “Al principio se escribía, y publicaba, para conocernos mejor. Ahora lo hacemos para olvidarnos de nosotros mismos.”